

## LOS BOLANDISTAS

ANTONIO LINAGE CONDE

Para Enrique Gil de la Vega,  
*pectore toto*

La Congregación de los Benedictinos de San Mauro, de la que poco ha desde esta misma tribuna hablábamos, parece haber sido la familia religiosa que más intensa y fructuosamente ha contribuido a la erudición tanto sacra como profana corporativamente. Sin embargo, esa dedicación estudiosa, que de hecho fue la ocupación más decisiva de algunas de sus casas y absorbió la dimensión temporal de la vida de varios de sus miembros, ni en éstas ni en éstos fue institucionalizada. Queremos decir que tal dedicación polarizadora lo fue de hecho, pero sin una adscripción canónica concreta al menester que implicara alguna segregación determinada *ad hoc* del acervo de las tareas y propósitos colectivos en su conjunto. De ahí que, a pesar de todo, en un plano teórico, no estaríamos en su caso sino ante una exacerbación de la vocación y entrega minoritarias al cultivo del intelecto que ha sido patrimonio de todas las órdenes, al menos en cuanto al conocimiento de la propia historia, ésta una curiosidad sí, pero también una exigencia con valor espiritual sustantivo. Claro está que los mauristas desbordaron esas propias fronteras en sus tales sacras ambiciones, hasta llegar a abarcar todo el dominio de los Santos Padres nada menos, por no hablar de otros de sus propósitos específicos. Y que en su seno fueron varias las generaciones de monjes que se sucedieron a sí mismas con avatares varios y hasta cambios de rumbo, pero, coincidentes, hasta el fin violento, en el mantenimiento corporativo del esfuerzo y su densidad. Mas la permeabilidad definitoria con sus hermanos, de talla tan abismalmente diversa en ocasiones, es innegable <sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Pensemos en las Comisiones históricas que hoy en día siguen existiendo en los institutos religiosos. Ciertamente para historiarse a sí mismos. Tanto que, a veces, ello ha dado lugar a la separación de algún menester concreto, como en los franciscanos las ediciones críticas de san Buenaventura, en Quaracchi, y de Duns Scoto en Roma.

En cambio, los Bolandistas, o Padres Bolandos, unos jesuitas de los que vamos a ocuparnos, constituyeron una comunidad *ad hoc*, expresamente consagrada a su tarea erudita determinada, en concreto la depuración, puesta al día y exposición de las vidas de los santos, y exclusivamente mantenida al servicio de tal misión.

Empresa titánica, salta a la vista, teniendo en cuenta la proliferación hagiográfica de la Cristiandad<sup>2</sup>. En este sentido, hay que tener en cuenta cómo la expansión devocional a las advocaciones de la Virgen y a sus misterios y a los de Cristo, no plantea al historiador más problema que el de la devoción misma, aparte la tarea legitimadora, condenatoria o explicativa del teólogo. Queremos decir que los interrogantes de la «biografía» del Señor y su Madre están muy ubicados en una parcela historiográfica concreta, han sido exhaustivamente debatidos y, en definitiva, más bien se nos reconducen a lo doctrinal. En cambio, de los santos, a menudo comienza por debatirse sus mismas existencia e identificación<sup>3</sup>, e incluso algunos ya de la Baja Edad Media resultan de un escudriñamiento oscuro, precisamente a menudo los más populares. Por otra parte, no hay que perder de vista que, a la fuerza, la tarea bolandista hubo de ser en una buena medida desmitificadora —no se puede olvidar la crítica de los milagros a los siervos de Dios atribuidos con generosidad y por doquier, tanto en vida como póstumos. De ahí sus dificultades con la censura eclesiástica<sup>4</sup>. Aunque desde la fundación hasta ahora han acabado superando las amenazas y hasta una solución de continuidad.

<sup>2</sup> R. AIGRAIN, *L'hagiographie* (París, 1953); R. GREGOIRE, *Manuale di Agiologia. Introduzione alla letteratura agiografica* («Bibliotheca Montisfani», 12; Fabriano, 1987).

<sup>3</sup> También a menudo es discutible su condición de tales, con anterioridad a la exigente y concreta reglamentación canónica centralizada de su santificación, en sí misma uno de los hitos de la centralización romana. Naturalmente que aquí nada vamos a decir de los problemas paralelos en las iglesias orientales separadas; cfr. *Saints et sainteté dans la liturgie*. (Conférences Saint-Serge, XXXIII<sup>e</sup>. Semaine d'études liturgiques; París, 22-6, juin, 1986; ed. A. M. Triacca y A. Pistoia; «Bibliotheca Ephemerides Liturgicae. Subsidia», 40; Roma, 1987), con trabajos sobre las cristiandades siria, armenia, rusa y rumana y el Patriarcado de Constantinopla; un ejemplo, N. B. TOMADAKIS, *Un neomartire cretese anonimo in Alessandria d'Egitto (1811) e una nota agiografica del patriarca Teofilo*, «Analecta Bollandiana» 100 (1982) 737-41 (= Miscelánea Baudoín de Gaiffier y François Halkin).

<sup>4</sup> Incluso en el siglo XX, concretamente durante la crisis modernista: R. AUBERT, *Le Père H. Delehaye et le cardinal Mercier*, «Analecta Bollandiana» 100 (1982), 744-80; B. JOASSART, *Le Père Lagrange et les Bollandistes*, *Ibid.*, 109 (1991), 347-61.

## LA LLAMA DEL PADRE ROSWEYDE

El nombre les viene del padre Jean Bolland (1596-1665), prefecto de estudios de Malinas<sup>5</sup>, que inició los tales trabajos ya en una continuidad con lo sucesivo en Amberes, concretamente bajo el mismo título, definitivo aunque luego con un contenido algo distinto y ramificado en otros complementarios, de *Acta Sanctorum*. Muy pronto, a él y a los dos colaboradores que se le asignaron, se los llamó Bolandistas; *Société des Bollandistes* sigue siendo su denominación oficial<sup>6</sup>.

Pero sus nobles ambiciones eran el legado de un hermano en religión, tanto que podemos cuestionarnos si el nombre que ha prevalecido no implica una injusticia hacia éste, y habían germinado en una tierra muy abonada ya para ellas y otras de pareja índole. En definitiva, una de las manifestaciones del celo de la contra-reforma que, si por un lado exaltaba las tradiciones específicas católicas de las cuales el protestantismo se había desprendido, por otra, agujoneado hacia la apologetica por las censuras y críticas de ése, se proponía no solamente su defensa sino su depuración, *sine macula et ruga*. Recordemos la respuesta que fueron los *Anales Eclesiásticos* de Baronio a las *Centurias de Magdeburgo*.

En el campo de la hagiografía, pintiparada a cual más a esos menesteres, ya desde los mismos fines del siglo XVI de su aparición, se pensó en revisar el *Martirologio Romano*<sup>7</sup>. La composición de éste, con valor oficial, había sido decretada por Gregorio XIII, y la llevó a cogüelmo Baronio en 1586, basándose en el de Usuardo, el monje de

<sup>5</sup> Véase Ch. DE SMEDT, *Les fondateurs du Bollandisme*, en «Mélanges Godefroid Kurth» I (Lieja, 1908), 297.

<sup>6</sup> El primer estudio de los bolandistas sobre ellos mismos apareció al principio del tomo séptimo de las *Acta* de octubre, *De ratione universa operis*, del padre J. Van Hecke. Los *Etudes sur la collection des Actes des saints*, del cardenal Pitra (Paris, 1850), recopilan artículos periodísticos. Excelente la exposición de dom David Knowles, *The Bollandists*, «Transactions of the Royal Historical Society», 5.ª serie, 8 (1958), 147-66 (reimp. en su recopilación «Great Historical Enterprises»). Y, sobre todo, hay que consultar a P. PEETERS, *L'Oeuvre des Bollandistes* (Bruselas, 1942; nueva ed. aumentada de 1961, «Subsidia Hagiographica» 24a); e H. DELEHAYE, *L'oeuvre des Bollandistes a travers trois siècles, 1615-1915* («Subsidia», 13A2; 1959).

<sup>7</sup> Sobre los problemas del género de éste, J. DUBOIS, *Les martyrologes du moyen âge latin* («Typologie des sources du moyen âge occidental», 26; Turnhout, 1978; puesto al día en un suplemento al núm. 128, 1985), y sobre todo en su recopilación *Martyrologes. d'Usuard au Martyrologe Romain* (Abbéville, 1990); cfr. nuestra bibliografía de dom Jacques Dubois, «Studia Monastica», 32, 1990, 215-29. El libro de dom Henri Quentin, *Les martyrologes historiques du moyen âge. Étude sur la formation du Martyrologe Romain* (Paris, 1908), ha sido considerado una de las obras más densas de la erudición del siglo XX.

Saint-Germain-des-Prés hacia el año 850<sup>8</sup>, y con esos mismos métodos de los compiladores de aquel siglo IX, manteniéndose en vigor con sucesivas enmiendas y las adiciones de los nuevos canonizados, ésas en 1630<sup>9</sup>, 1748 y 1922<sup>10</sup>.

Y bien, de una generación anterior a la de Bolland, el padre Héríbert Rosweyde (1569-1629), nacido en Utrecht y prefecto de estudios en Amberes, fue quien había concebido la idea de editar críticamente el conjunto de las fuentes hagiográficas antiguas, ello enmarcado en un estudio de las fiestas litúrgicas, sin excluir las de Cristo y la Virgen. Se había propuesto concretamente la meta de dieciocho volúmenes<sup>11</sup>, para los cuales dio a los tórculos de la ciudad de su residencia en 1607 la introducción titulada *Fasti sanctorum quorum vitae in Belgicis bibliothecis manuscriptae asservantur*.

Y en 1615 editó las *Vitae Patrum*, ese centón del primitivo monacato oriental, la epopeya de sus orígenes en Egipto y en Siria, por cuyo texto se sigue a veces citando aún<sup>12</sup>, y que los Bolandistas consideraron como el nacimiento de su tarea, al tratar de celebrar, en 1915<sup>13</sup>,

<sup>8</sup> Por cierto generoso con nuestros mártires cordobeses, cuando su abadía parisina estaba deslumbrada por un cierto *mirage hispanique*.

<sup>9</sup> En 1613, Rosweyde publicó en Amberes el Martirologio de Adón y el resumen titulado *Pequeño Romano*, como apéndice al mismo de Baronio.

<sup>10</sup> Esta última, con modificaciones sobre todo de fechas, severamente criticada por dom Quentin, con la venia de Pío XI, que era su amigo personal, *La correction du Martyrologe Romain*, «Analecta Bollandiana» 42 (1924), 387-406.

<sup>11</sup> A saber, tres introductorios (*De Vita Christi et festis eius*, *De vita beatae Mariae et festis eius*, y *De sanctorum festis diebus publice solemnibus*); doce de las vidas de los santos por meses, ordenación que luego prevaleció; uno para las variantes de los martirologios; y dos —*illustrationes in Vitis sanctorum*— de notar e índices. Las notas dedicadas a los autores de las vidas, los suplicios de los mártires, las imágenes de los santos, los ritos eclesiásticos, los profanos, las cuestiones cronológicas, las geográficas, y un diccionario de términos oscuros. Los índices habían de serlo alfabéticos de los santos; por países de origen, condición, cualidad, época, lugar de nacimiento y autor de la vida; por estados; por funciones y dignidades; por países y provincias; por lugares de patronazgo; por orden de patronazgo en ciertas enfermedades; por orden de patronazgo en ciertos oficios; toponímico y antroponímico; textos bíblicos; un índice para la controversia, otro para los catecismos, y uno final alfabético de materias y palabras. Hemos reproducido el plan *in extenso* para estimular a los jóvenes estudiosos que se sientan abrumados ante la confección de los índices de sus trabajos, y también a los maduros. ¡El padre Rosweyde no conoció los ordenadores!

<sup>12</sup> Rosweyde le vulgarizó en una *Silva eremitarum Aegypti et Palaestinae*, con espléndidos grabados de Bolswert. Además publicó en flamenco unas vidas de santos tomadas de la *Flos sanctorum* de Ribadeneyra.

<sup>13</sup> Juntamente con la muerte de Papebroch, en 1714.

su tercer centenario<sup>14</sup>. En 1617 publicó una versión suya de la obra al flamenco, y una nueva edición latina en 1628, un año antes de su muerte, de la enfermedad que le contagió un moribundo al que había dado los últimos auxilios espirituales<sup>15</sup>.

Y fue entonces cuando, llamado Bolland a examinar sus papeles en la casa profesa de Amberes, consiguió se le aceptaran dos condiciones que puso para continuar la obra<sup>16</sup>, a saber, que no se le sujetara a ningún plan, y que los libros que Rosweyde había reunido estuvieran a su disposición fuera de la biblioteca común<sup>17</sup>. Debiéndose tener en cuenta que fue él quien ya pudo calibrar la vastedad de las cuestiones críticas que aquélla iba a exigir. Una vez que se le destinó a quella residencia, como confesor ordinario y director de la congregación «latina», así llamada por la lengua prescrita para sus exhortaciones, con la suposición de que la tarea erudita llenaría sin agobio sus ratos libres<sup>18</sup>.

#### EL PLAN DE HENSCHENIUS Y BOLLANDUS

Fue la liberalidad del abad benedictino de Liessies, el sucesor de Louis de Blois, Antoine de Wingham, lo que permitió a Bolland tomar un colaborador, su antiguo discípulo Godefroid Henskens, quien pasaría a través de la magna empresa no sólo tan eficiente como oscuro, sino

<sup>14</sup> Al tratar pues el trágico y largo evento europeo del año anterior, impidió los fastos en cuestión. Precisamente en agosto de 1914 se perdieron muchos materiales bolandistas originarios, en el incendio de la biblioteca de la Universidad de Lovaina.

<sup>15</sup> Véase la noticia de A. PONCELET, *Rosweyde*, «Biographie nationale de Belgique» 20 (1910), 170-8; y del mismo, *Histoire de la Compagnie de Jésus dans les anciens Pays-Bas*, 2 (Bruselas, 1927), 475-80.

<sup>16</sup> Es significativo recordar la respuesta del cardenal Belarmino, cuando se le consultó sobre el proyecto de Rosweyde, cerradamente negativa, por lo descomunal del mismo, sus gastos incluso, y los peligros de la difusión de ciertos textos antiguos —*ne forte in originalibus historiis multa sint inepta, levia, improbabilia, quae risum potius quam aedificationem pariant*; sobre este extremo, A. MERCATI, «Bollandiana» dall'Archivio Segreto Vaticano, «Micellanea Historiae Pontificiae», III,4 (1940), 22-5.

<sup>17</sup> Al dejar a Rosweyde, recordaremos que había entrado en el noviciado de Tournai, después de haber estudiado en el colegio, donde luego enseñó, de Douai; de ahí la reivindicación de la cuna bolandista para esta ciudad por el «abbé» Dehaisnes, *Les origines des "Acta Sanctorum" et les protecteurs des Bollandistes dans le nord de la France* (Douai, 1969), antes en las «Mémoires de la Société impériale et centrale d'Agriculture, Sciences et Arts de Douai», 2.ª serie, tomo IX.

<sup>18</sup> La vida de Bolland en latín, obra de Papebroch aunque anónima, se encuentra al fin del tomo primero de marzo de las *Acta*; sobre la tierra de su familia, en su pueblo natal de Julémont, en el ducado de Limburgo, de la que procede su apellido, A. DE RYCKEL, *Histoire de la seigneurie libre de Bolland. IX. Le fondateur des bolandistes*, «Bulletin de la Société d'art et d'histoire du diocèse de Liège», 22 (1930), 213-6.

sobre todo decisivo, a pesar de haberse querido quedar en *cheville ouvrière*. Era en 1635, cuando Bolland trabajaba en los volúmenes de abril ya, y los de enero estaban a punto de salir de las prensas, luego de haberse decidido a extender su hagiografía a todos los santos, y no sólo a aquellos cuyas actas se habían conservado, según los propósitos limitados de Rosweyde. Entonces, ante la manera como Henskens llevó a cabo el primer trabajo que Bolland le encomendó, se le ocurrió a ése cambiar su designio en la materia, que en ese extremo era el mismo de Rosweyde de la edición crítica de las fuentes, por la exposición, argumentada y documentada en ellas desde luego, del argumento, en definitiva por la redacción de la vida de los santos. Aunque para ello hubo de retirar los folios ya compuestos de la imprenta, que era la de Jean Van Meurs, en el mismo Amberes, de donde salieron los dos infolios primeros, para enero nada más, en 1643, a medio siglo de las primeras tentativas de Rosweyde. Y desde Alejandro VII, que había conocido a Bolland cuando era nuncio en Colonia, hasta el historiador calvinista Gérard Vossius, las felicitaciones se sucedieron..

Entonces, Henskens y un segundo colaborador, Daniel Papebroch, nacido en Amberes, de una familia cuyo director espiritual era Bolland, y que en la ocasión contaba treinta y un años, emprendieron uno de los que se llamarían en lo sucesivo viajes literarios, aunque el epíteto no concordaría ahora con el significado común del vocablo, ya que se trataba sencillamente de itinerarios a la búsqueda de manuscritos en las estanterías de las bibliotecas. En el suyo recorrieron el sur de Alemania e Italia<sup>19</sup>.

Así las cosas, a los diez años de Bolland, Henskens, que había nacido con el siglo, moría el 1681.

#### LAS FECUNDAS TRIBULACIONES DE PAPEBROCH

Y la obra seguía cuando dióle por enredar al demonio. En 1675 salió el primer tomo de abril, entre otras vidas con la de san Alberto, el patriarca latino de Jerusalén que dio a los carmelitas su regla, la que Honorio III les aprobó mitigada en 1226. Su tratamiento serio

<sup>19</sup> Inexplicablemente el *Diario* está inédito; ms. 971-2 del Museo Bolandiano. La cantera es óptima, cual tema de tesis por ejemplo. En Roma, Florencia y el monasterio griego de Grottaferrata, se dieron cuenta de que la hagiografía bizantina exigía mucho más que la edición prevista por Rosweyde; en definitiva, la que sería la tarea del padre Delehaye ya en nuestro siglo. El viaje del padre Pinius (= Pin) a nuestra Península —su menester bolandista había comenzado en 1713, con miras al artículo relativo a san Ignacio—, dio lugar a estudios de valía por su parte de la liturgia visigótica.

exigió desmontar los supuestos orígenes históricos de la Orden en el profeta Elías, lo que provocó una primera respuesta airada del padre François de la Bonne-Espérance, *Historico-theologicum Carmeli Armamentarium*, hito primero de una controversia que duraría quince años, y provocaría una sentencia condenatoria de la Inquisición española, el 14 de noviembre de 1695, aunque no consiguió la de la romana<sup>20</sup>.

En 1714, a los ochenta y siete años, y cincuenta y cinco de colaboración en la obra, Papebroch murió. Habiendo protagonizado antes un episodio que, mediatamente, le hace acreedor a un reconocimiento suplementario de las ciencias históricas. Pues la inclusión en el tomo segundo de abril de unas reglas de crítica documental, *Propylaeum antiquarium circa veri et falsi discrimen in vetustis membranis*, que ponían en duda la autenticidad de ciertos cartularios benedictinos, dio lugar a una respuesta de Mabillon, que fue nada menos que el clásico de la paleografía hasta hoy, *De Re Diplomatica*<sup>21</sup>.

#### EL VIGOR DE LA COSTUMBRE

El 13 de agosto de 1723 moría Conrad Jannick, nacido en Groninga el 1650, y que había tenido una actividad bolandista benemérita, tanto en la aportación erudita como en unos servicios determinados por su tacto diplomático y su don de gentes. Con él desaparecía el último lazo con Bolland y los tiempos heroicos<sup>22</sup>. Y la empresa entraba en el

<sup>20</sup> Ésta sólo incluyó en el *Índice el Propylaeum Maii*, en 1700, censura que no fue levantada hasta León XIII. Se trataba de una *dissertatio*, que así se llamaban las incluidas en las *Actas* sobre temas más generales de historia eclesiástica; la inculpada lo fue por relatar unas *conclavium historiuncula*. La condena española fue levantada en 1715.

<sup>21</sup> Habiendo informado favorablemente después Mabillon a la utilización por Baluze, en pro de una reivindicación genealógica de la casa de Auvernia, del cartulario de Brioude, Papebroch respondió levemente en sentido contrario; A. PONCELET, *Mabillon et Papebroch*, en «Mélanges Mabillon» (París, 1908), 171-5.

<sup>22</sup> Por ejemplo, Henskens y Papebroch lamentaron que Bolland acogiera el 5 de enero la vida de San Telesforo, y dejara pasar el 1 de marzo, sin reservas más categóricas, la Pasión de santa Eudocia. Delchaye comenta en esa línea (*L'oeuvre cit.*, pp. 38-9 y 42): «En las Actas de febrero hay un progreso sensible sobre las de enero, y si consultamos el nuevo prefacio que Bolland puso al frente del segundo mes nos damos cuenta de cuánto se ha ensanchado su horizonte. Él había comprendido que no se podía tratar a los santos irlandeses como a los demás, y esperaba sacar provecho de ello para poner un poco de orden en el caos de esa hagiografía. Sabía lo que había que pensar de los falsos cronicones españoles y se puso en guardia contra la riqueza un poco sospechosa de ciertos martirologios monásticos. En cuanto a los santos de Cerdeña, al principio acogidos sin cautelas, serían en adelante mirados con lupa,

camino de la laboriosidad a la fuerza monótona, por eso mismo garantía y trofeo de una continuidad tan adquirida que había llegado a hacerse costumbre cotidiana. Era además la elaboración, a la fuerza un poco gris, de los materiales acumulados por unos pioneros que en cambio sólo gracias a alguna chispa de genialidad habían podido poner el motor en marcha<sup>23</sup>. Entre quienes la mantuvieron se cuentan Jean-Baptiste du Solier (1669-1741) —se encontraron entre sus papeles las minutas de doce mil cartas de su autoría, cuyo registro llevaba tan cuidadosamente como el propio epistolario—; Jean Pin (1678-1749)<sup>24</sup>; Jean Stillingh (1703-62), perjudicado por la propia exuberancia torrencial de sus disertaciones interminables, tanto que señalaron otra fase en la redacción de las *Acta* —a la que luego seguiría una de demasiada insistencia en la polémica— y entre sus admiradores estuvieron Benedicto XIV y la emperatriz María Teresa<sup>25</sup>.

---

desde que se dio cuenta de cómo se las agenciaban en esa isla para multiplicar el número de sus mártires», mientras que «el espíritu tímido del padre Cuperus llegó a dudar entre las opiniones que es posible hacerse sobre la leyenda de los Siete Durmientes y adoptó conclusiones difíciles de defender en cuanto al apostolado de Santiago en España».

<sup>23</sup> «Mediocres», escribió Henri Pirenne (*Histoire de Belgique*, V, 1920, 304); Peeters (*L'oeuvre* cit., 34) contesta que el epíteto no se puede tomar al pie de la letra, pues eran «superiores al nivel general de esa época, cuando la vida intelectual se iba deteriorando en nuestras provincias, a medida que se dejaban sentir las consecuencias de los tratados de Utrecht y de Rastatt».

<sup>24</sup> B. DE GAIFFIER, *Une collaboration fraternelle: la dissertation sur S. Ignace par les Pères Jean et Ignace Pinius dans les "Acta Sanctorum"*, en «Commentarii Ignatianii, 1556-1956» (= «Archivum Historicum Societatis Iesu», XXV), 179-89.

<sup>25</sup> Desde Bolland no había entre los bolandistas distinciones jerárquicas, según lo quiso él mismo. El *senior*, que lo era por la edad, equivalía literalmente nada más que a un *primus inter pares*. Los únicos cargos eran los de bibliotecario y procurador. La mayoría era la única norma para las decisiones. Durante la peste que hizo estragos en la casa profesa de Amberes, Papebroch, destinado al confesonario para suplir los vacíos producidos, los domingos y días de fiesta, fue contagiado dos veces y estuvo al borde de la muerte. En lo sucesivo se le prohibió ejercer ministerios, lo cual en la generación siguiente fue la norma general; y a ello comenta Peeters (*L'oeuvre* cit., 40): «Entre los sacrificios que los santos exigieron a los consagrados a recopilar sus *Actas*, hay uno que sólo puede ser valorado por sus hermanos en el sacerdocio»; M. COENS, *Un "eucharisticon" de Papebroch en l'honneur de saint François-Xavier*, «Mélanges Jules Lebreton» (París, 1952), 260-70. Y un detalle, el eminente bibliotecario de la Vaticana, Lucas Holstenius, que en el viaje de Henskens y Papebroch les dio inusitadas facilidades, en su última enfermedad, que inoportunamente le sorprendió entonces, quiso ser asistido por el primero.



## ¿«TOUT BOULEVERSÉ DANS LA TEMPÊTE»?

Tiempos ésos de María Teresa en los cuales el abolengo bolandista, pese a la austeridad inquebrantable de sus permanentes virtudes religiosas, o precisamente por ellas mismas, se había granjeado un patrimonio lo bastante para suscitar en torno a sí, cuando la hora llegó a los jesuitas de su Compañía, más la ambición que el resentimiento. Y nos referimos a cierta correspondencia aúlica entre Viena y Bruselas, tratando de conseguir en beneficio de algunos avispados de la política y la aristocracia vía libre para entrar a saco en su biblioteca. Que ahí estaban sus riquezas, con algunos accesorios, tal cierto cuadro de Van Dyck expresamente mencionado.

El padre Corneille De Bye fue asociado a la obra en 1761. Diez años después, el padre Suyskens era el último bolandista que moría en la casa profesa de Amberes. Uno antes había salido el tercer tomo de octubre, e *Societate Iesu presbyteris theologis*, se añadía a la nómina de los autores. Otros diez más tarde, en 1780, de la portada del cuarto, que no salió en Amberes, sino en Bruselas, había desaparecido esa referencia a la milicia ignaciana.

Y un síntoma de lo tormentoso de la atmósfera vivida por esa la última generación de la primera etapa fue la supresión de los «viajes literarios», de que dijimos hechos una tradición desde el primero<sup>26</sup>, el italo-germánico de los dos colaboradores de Bolland —éste les acompañó hasta Colonia— extendido a Francia naturalmente. Caudalosos fueron el de Jannick en Florencia y el reino de Nápoles<sup>27</sup>, en 1681, y en 1688 en Alemania, Bohemia y Austria. En el barco que la llevaba a Frankfurt del Main pereció sin embargo la cosecha recogida en Colonia y Aschaffenburg. En Praga se le dio acceso a ciertos ma-

<sup>26</sup> Sobre éste, véase la bibliografía recogida por Delehayé (*L'oeuvre cit.*, notas de las pp. 51 y 52, artículos de F. V. Arens, de 1936 a 1951, y de W. Engel y M. H. von Freedén, en 1952, y de M. Battistini, de 1931 a 1934), como M. BATTISTINI, *Antonio Magliabechi e la sua collaborazione all'Opera Bollandiana*, «Bulletin de l'Institut historique belge de Rome», 22 (1942-3), 113-258; F. HALKIN, *Témoignages des premiers bollandistes sur leur passage en Bourgogne et à Paris*, «Analecta Bollandiana» 65 (1947), 71-106; H. OMONT, *Les Bollandistes et le prêt des manuscrits de Séguier en 1662*, «Revue des bibliothèques» 1 (1891), 467-8; y M. COENS, *Une visite des Bollandistes à Jumièges en 1662*, en «Jumièges. Congrès scientifique du XIII<sup>e</sup> centenaire»; Rouen, 1955), 662-8; y él mismo, *Du Cange et les "Acta Sanctorum"*, «Bulletin de la classe des Lettres de l'Académie Royale de Belgique», 5.ª serie, 41 (1955), 561-3. Una sorpresa, «de aquellos tiempos o de todos»: en Lucca se encontraron al doctor F. M. Fiorentini, que consagraba a la hagiografía cuanto tiempo le dejaba la medicina.

<sup>27</sup> L. CEYSSENS, *La correspondance d'Emmanuel Schelstrate préfet de la Bibliothèque Vaticane, 1683-92* (Bruselas, 1949); B. DE GAIFFIER, *Lettres de Bollandistes à L. A. Muratori*, «Rivista di Storia della Chiesa in Italia» 4 (1950), 125-36.

teriales que ni al historiador del país, el padre Balbianus, se le habían concedido, y apiadado el emperador de sus dificultades de copia —éstas quedaban encargadas a personal local, habiendo de ser colacionadas luego, y ello no era muchas veces posible cuando no se trataba de caracteres latinos—, les dejó llevarse a Amberes los manuscritos griegos. En 1721 fue la expedición española de los padres Pin y Cuperus, de donde salió el tratado del primero, *De liturgia mozarabica*, introductorio del tomo sexto de julio. En 1752, el de Stilingh a Francia, Italia, Alemania y Hungría. Hay que recordar que Inglaterra y los Países Escandinavos les estaban vedados por su condición de jesuitas<sup>28</sup>. Vacío ese y otros que la incesante e inagotable correspondencia de la época y el medio suplía<sup>29</sup>. Sin que podamos perder de vista que en esos tiempos había bibliotecas espléndidas, pero adaptadas a cada institución, no las abarcadoras de todas las materias cuales las nacionales de hoy, que su acceso dependía del favor en todo caso, y que los catálogos, si los había, permanecían manuscritos sobre el terreno.

En fin, el 20 de septiembre de 1773 se decretó la publicación en Bélgica de la bula de Clemente XIV de 21 de julio que suprimía la Compañía de Jesús<sup>30</sup>. Hasta 1775 se dejó a los Bolandistas en su casa, destinada entonces a academia militar. Y se siguió un tira y afloja entre el Consejo de Brabante, partidario sin más de la extinción de la empresa<sup>31</sup>

<sup>28</sup> El eminente funcionario inglés, de una vocación inquebrantable por la historia de la liturgia y unas dotes envidiables para ella, Edmund Bishop, escribía en enero de 1885 en la «Dublin Review»: «It must have been often a subject for regret with English scholars that, if penal laws there must be, they could not at least be suspended in favour of the Mabillons and the Papebrochs», p. 152.

<sup>29</sup> A propósito del epistolario bolandista, datos en la recopilación *Gottfried Wilhelm Leibnitz. Sämtliche Schriften und Briefe*, 1,3 (1950). Recordemos que su biblioteca y archivo recibieron la denominación de Museo Bolandiano. Las bibliotecas más ricas en hagiografía, después de ella, eran la de Barberini de Roma y la Mazarina de París. Sobre el incidente de Du Sollier con el maurista dom Bouillart, que le negó el pretendido autógrafo de Usuardo que tenían en Saint-Germain-des-Prés, véanse las pp. 112-4 del libro de Delehaye, *L'oeuvre* cit.

<sup>30</sup> Muy buen estudio el de P. BONENFANT, *La suppression de la Compagnie de Jésus dans les Pays-Bas autrichiens* (Bruselas, 1925).

<sup>31</sup> El organismo instituido expresamente por el Estado para resolver los asuntos de la Compañía de Jesús en liquidación, «comité jesuítico» que se le conocía, dictaminó el 22 de febrero de 1774 que «la obra de los Bolandistas no era útil a la ciencia, una inmensa colección sepultada en las bibliotecas públicas, donde apenas si algunos eruditos van alguna rara vez a consultarla». Antes de escandalizarse, hay que cotejar esta actitud con la de ciertos organismos actuales a la hora de decidir la subvención a ciertas obras tildadas de «elitistas» o de interés para poca gente. En cambio, una semana después, el comité recogía velas, pues se había enterado de que las *Acta* reportaban anualmente 2.400 florines en divisas. Y es curioso que alguno de los enemigos aprovechó aquel río revuelto para

y otros puntos de vista<sup>32</sup>, favorecidos éstos por el nuncio en Viena, Garampi, gracias a los cuales, en 1778, María Teresa y el canciller Jaunitz decretaron que los tres supervivientes, Corneille De Bye, Jacques De Bue e Ignace Hubens, acabaran su tarea ¡con urgencia!<sup>33</sup>, en la abadía de canónigos regulares agustinos de Caudenberg en Bruselas. Y ya se los agregaron miembros no jesuitas<sup>34</sup>. A pesar de todo lo cual, el tomo cuarto de octubre apareció en 1780. El mismo año de la muerte de la emperatriz. La ascensión de José II al trono iría seguida de las medidas violentas que en el ámbito eclesiástico eran de esperar. En 1786 fue suprimido el monasterio hospitalario en cuestión, siendo llevada la biblioteca bolandista a un ala del Colegio Teresiano, que se llamaba así el antiguo de los jesuitas en la hoy capital belga, y a pesar de todos los pesares, ese mismo año salía de los tórculos el volumen siguiente. Hasta que el 16 de octubre de 1788, la Comisión Eclesiástica y de Estudios, dando por bueno un informe del Tribunal de Cuentas, suprimió a los Bolandistas. Sin privarse del refinamiento del insulto, en cuanto se eligió el día primero de noviembre, fiesta de Todos los Santos, para ejecutar la tal extinción de la confección de las vidas de ellos.

Sólo le quedaría, pues, al historiador, certificar la defunción de la que un benedictino colaborador de esa última hora, dom Berthaud, había llamado «la boutique hagiographique».

## A TIENTAS EN LA NIEBLA

El mundo estudioso y una minoría del eclesiástico, fuera de las fronteras de «Su Majestad Imperial», se conmocionó lo bastante ante el evento como para dar lugar a algunas tentativas de salvación: propuesta de De Bye a los benedictinos de San Blas, en la Selva Negra<sup>35</sup>, de

---

reivindicar alguna leyenda pía puesta en cuarentena por la crítica bolandista; cfr. *Réponse de l'ancien des Bollandistes, Corneille De Bye, au mémoire de M. Des Roches touchant le testament de saint Remi* (Bruselas, 1780).

<sup>32</sup> Uno de ellos fue transferir la empresa a la abadía benedictina de San Blas en la Selva Negra, entonces regida por el eminente abad erudito Martin Gerberto, empuñado por su parte en la *Germania Sacra*.

<sup>33</sup> «Une besogne de commis aux écritures», que comenta Delehay. Para la supresión se alegó que no habían cumplido el razonable cometido de imprimir un tomo por año.

<sup>34</sup> Sobre uno de éstos, U. BERLIÈRE, *Dom Anselme Berthod*, «Revue Bénédictine» 16 (1899), 193-209.

<sup>35</sup> G. PFEILSCHIFTER, *Korrespondenz des Fürstbistums Martin II Gerbert*, 2 (Karlsruhe, 1934), 237-42; y él mismo, *Die St. Blasianische "Germania Sacra"* (Kempten, 1921), 61-3.

iniciarlos para que continuaran la tarea; interés personal de Pío VI, proyecto de cesión a los benedictinos mauristas. Lo bastante para suscitar los celos de fronteras adentro, y hacer la transferencia al monasterio premonstratense de Tongerlo<sup>36</sup>, adonde sólo uno de los bolandistas, De Bue, se fue con los materiales. Era en 1790. Y, a pesar de haber sido salpicada la casa por los eventos bélicos de la revolución de Brabante, de la imprenta de aquéllos instalada allí mismo salió el tomo sexto de octubre en 1794<sup>37</sup>. Habiendo de pasar medio siglo antes de que viera la luz el siguiente. Pues ese mismo año Tongerlo era suprimido. A ña de caballo se pudieron sacar los libros y papeles, yendo una parte a Westfalia, que luego fue subastada en Amberes, y ocultándose otra en casas amigas de los campesinos de la comarca, luego parcialmente en el castillo de Waterloo<sup>38</sup>.

Y fue el caso que, anexionada la actual Bélgica a la Francia revolucionaria, en una sesión del Instituto, ya en 1796, el «ciudadano» Leblond llamó la atención sobre el interés de las *Acta Sanctorum* para la historia del país. Mas todo quedó en palabras. Pasándose tanto

<sup>36</sup> No tienen desperdicio las palabras del ponente de la Comisión Eclesiástica y de Estudios, el barón de Feltz, al dar su voto, a pesar de ser favorable: «La Comisión está muy lejos de compartir la pretendida veneración profunda de la Europa erudita hacia las *Acta Sanctorum*. Si esta inmensa colección contiene algunos documentos históricos que podrían ser preciosos, están anegados en una multitud de datos poco interesantes para cualquier sabio profano, y el tiempo que sería necesario para extraer esa parte útil, no sería el más pequeño inconveniente de los que todo hombre de letras se toparía»; cfr. H. LAMY, *La reprise de l'oeuvre des Bollandistes par l'abbaye de Tongerlo en 1789*, «Mélanges d'histoire offerts à Charles Moeller» 2 (Lovaina, 1914), 481-501; y él mismo, *L'oeuvre des Bollandistes à l'abbaye de Tongerlo*, «Analecta Premonstratensia» 2 (1926), 294-306 y 379-89, y 3 (1927), 61-79, 156-78 y 284-313.

<sup>37</sup> Con la mención de tres colaboradores premonstratenses (Siard Van Dyck, Cyprien Van de Goor y Mathias Stals), además de De Bue, el canónigo Fonson, de Caudenberg, y el benedictino Berthaud.

<sup>38</sup> El Gobierno holandés la compró a los exclaustros del monasterio, cuando ya no había esperanzas de continuidad de la obra, en 1827, yendo los libros a La Haya, y los manuscritos a la Biblioteca de Borgoña, donde siguen. Sobre la etapa anterior, este detalle: «Libros y manuscritos preciosos fueron pasto de las llamas o los gusanos. Se cuenta que, en el momento de la firma del concordato con la Santa Sede, habiendo sido descubierto uno de esos depósitos literarios por la administración fiscal, el campesino que le había ocultado, aterrado ante las consecuencias enojosas que pensaba podría tener para él su confiscación, prendió fuego al cuarto donde se encontraba, a fin de borrar toda prueba en contra suya»; *Bibliotheca Hulthemiana*, 6 (Gante, 1837), p. VI. Peeters comenta (*L'oeuvre cit.*, p. 71) que de los restos, «les premiers à s'en apercevoir furent, non pas des savants qualifiés, mais des marauders littéraires, pourvus de ce flair spécial grâce auquel cette espèce entreprenante a quelquefois montré la voie a des travailleurs plus sérieux». Noticias decisivas dio un bibliófilo de Amberes, Verdussen, al futuro general de los jesuitas, Roothaan, pero el poseedor de una parte se negó a venderlos al vicario general de la Compañía en Rusia Blanca, Tadeo Brzozowski.

tiempo en las tinieblas y el vacío que de veras nos sigue asombrando que los Bolandistas pudieran resucitar hasta seguir existiendo hoy en día.

Hasta que, en 1836, desde París, parece que, a caballo entre la buena voluntad estudiosa y la especulación libraria, se hizo un llamamiento a la cesión de la empresa a Francia. Y el caso es que llegó a pensarse que la entrega al poderoso vecino, concretamente pensándose en Guizot, de los fondos bolandistas de la Biblioteca de Borgoña, sería un gesto de buena voluntad muy conveniente en la ocasión para las relaciones internacionales de la nueva Bélgica independiente. Dando ello lugar a una intervención decisiva del rector de la Universidad de Lovaina, monseñor De Ram, según la cual sólo los propios Bolandistas, o sea los jesuitas belgas, ya resurgidos, podrían sucederse a sí mismos. Y efectivamente, el 29 de julio de 1837, el provincial Van Lil, comunicaba oficialmente al Primer Ministro que la «Société des Bollandistes» existía de nuevo<sup>39</sup>, concretamente en el Colegio de Saint-Michel de Bruselas. Algunas hojas que se habían impreso del siguiente tomo de octubre, antes de la supresión de Tongerlo, pudieron reimprimirse, deteniéndose al llegar al comentario de santa Teresa, que sólo lo había sido parcialmente, pero la parte manuscrita estaba perdida<sup>40</sup>. Y de esa manera se puso manos a la obra, siendo terminado el mes en cuestión, hasta el volumen duodécimo, en 1845, 1853, 1858, 1861, 1864 y 1867 respectivamente. El siguiente se haría ya esperar hasta 1883.

### SUCCISSA VIRESCIT

Una recuperación tan ardua, tan temeraria en esos nuevos principios como lo había sido su ya remota iniciación, pero ahora con más conocimiento de causa. Y sin que tardara en revestirse de la nueva fisonomía exigida por el cambio de los tiempos, a saber, no la sucesión a sí mismo del legado, literalmente precioso, perdido, sino la acumulación de un patrimonio utilitario *ad hoc*. Y en concreto, posibilitador de que se fueran llenando las lagunas determinadas por las limitaciones ínsitas

<sup>39</sup> F. BAIX, *Le centenaire de la restauration du bollandisme*, «Revue d'histoire ecclésiastique» 34 (1938), 270-96. Los miembros eran los padres Boone, Van der Moere y Coppens, e inmediatamente Van Hecke.

<sup>40</sup> Quedan algunos ejemplares de esas hojas, por ejemplo en las Bibliotecas Real de Bruselas y de Amberes y la propia de los Bolandistas. En cuanto a la «noticia» sobre santa Teresa, a Van der Moere, partidario de abreviar, se le asignó un joven de Utrecht, el padre Antonio Tinnebroek —recordemos que los estudios clásicos en Holanda se habían mantenido inmunes a la tempestad revolucionaria que allí no se dejó sentir—, el cual se despachó con quinientas páginas en folio.

en las disponibilidades de antes. Recordemos el ámbito oriental. Aunque muertos prematuramente, los padres Carpentier y Matagne<sup>41</sup> ya estaban en camino, siendo los trabajos del primero sobre los santos de Etiopía y los mártires árabes de lo mejor de toda la colección.

Aunque el peso recayó sobre otro hombre benemérito, Víctor De Buck (1817-76), manos a la obra desde 1840, en plena juventud, desde el tomo séptimo de octubre, inundándola de su curiosidad universal sin freno<sup>42</sup>. Y aquí, ¿se me permitirá el recuerdo personal de mi grata sorpresa al encontrarme, luengos años ha ya, espléndidamente tratada por él, la noticia del santo patrón de mi diócesis segoviana y ermitaño en mis tierras de Sepúlveda, Frutos, de fuentes a cual más tardías y oscuras, pero seguras según luego he creído poder demostrar a la luz de nuevos testimonios corroboradores? «Sus comentarios y disertaciones —ha comentado Peeters<sup>43</sup>— tales como su fuego creador los lanzó al papel, asombran o aturden, por la variedad de conocimientos raros que en ellos se encuentran acumulados, y a veces sepultados, cual consecuencia de una erupción volcánica».

Y el prestigio de la obra estaba definitivamente conseguido en el ámbito estudioso internacional<sup>44</sup>. Las supervivencias hostiles, aunque dañinas, acabaron resultando impotentes, tal la supresión de la sub-

<sup>41</sup> El primero en 1868, a los cuarenta y seis años; el segundo, en 1872, a los treinta y ocho; véase F. HALKIN, *Lettres du P. Henri Matagne, hollandiste namurois*, en «Etudes d'histoire et d'archéologie namuroises dédiées à Ferdinand Courtoy» 2 (1952), 985-9.

<sup>42</sup> Muy inclinado a la unión de las iglesias, y a las de Oriente, como demostró al prologar, dentro de las *Acta*, el comentario del jesuita Juan Martinov, de Kazán, sobre el beato Arethas de Kiev, del siglo XIII, y al *Patericon* de Moscú. Su descubrimiento de las fuentes griegas —hecho a través de un resumen siríaco— del martirologio jeronimiano, llevaría en 1931 al comentario magistral de éste por el bolandista Delehaye. Sobre la identificación, hipertrofiada, de mártires en las catacumbas romanas, vidrioso tema que ya había ocupado a nuestro padre Mariana (G. CIROT, *Mariana historien*; Burdeos, 1904) y a Mabillon (*De cultu sanctorum ignotorum*; París, 1698), imprimió, fuera de comercio, *De phialis rubricatis, quibus martyrum romanorum sepulcra dignosci dicuntur, observationes V.D.B.*, en 1855 (datos en la edición del jesuita P. A. FERRUA, del opúsculo de J. B. Rossi, *Sulla questione del Vaso di Sangue*, Ciudad del Vaticano, 1944). Fue replicado, extrañamente en París, por el sacerdote romano Arcangelo Scognamiglio, en 1867, *De phiola cruenta indicio facti pro Christo martyrii*, protestando Buck en una carta al «Theologisches Literaturblatt» de Bonn, a propósito de una reseña de F. X. Kraus; cfr. M. COENS, *Une correspondance de Papebroch avec les moniales de la Chaise-du-Theil à propos de S. Juvence, saint catacumbaire*, «Analecta Bollandiana» 64 (1946), 181-99. Anticipándose al obispo Dupanloup, el general de los jesuitas, Beckx, le hizo su teólogo en el Concilio Vaticano; véase la noticia de EM. VAN ARENBERGE, *Biographie Nationale*, 8, 821-4.

<sup>43</sup> *L'oeuvre cit.*, p. 90.

<sup>44</sup> Así, elogios de los conservadores del British Museum, F. Madden, E. A. Bond, y S. Winter Jones; y del editor de los *Monumenta Germaniae Historica*, G. H. Pertz.

vención estatal que, al cabo de nueve años de obstinación, un diputado anticlerical logró arrancar al Parlamento en 1869. Mientras que los gobiernos francés e inglés regalaban en cambio a la biblioteca las series *Documents pour l'histoire de France* y *Records*. Siendo Charles De Smedt (1831-1911), de Gante, el autor de unos *Principes de la critique historique* (1883) y de una *Introductio ad historiam ecclesiasticam critice tractandum* (1876)<sup>45</sup>, temperamento de una solidez decisiva que estaba muy lejos de la intuición creativa de su predecesor, quien encarriló definitivamente la colección por las vías de la erudición moderna, sin apenas poder modificar el último tomo de octubre (1883), el más mediocre de todo el conjunto, pero ya a su guisa en el primero de noviembre (1887)<sup>46</sup>, implantando la colación de los manuscritos según la crítica textual del día, y dando entrada a los textos apócrifos, no sólo en atención a su valor legendario, sino también por el histórico, o sea el susceptible de ser extraído de los mismos si se tienen en cuenta las particularidades del género hagiográfico.

El siguiente *senior*, Hippolyte Delehaye (1859-1941), nacido en Amberes, cerca de aquella casa profesa de los tiempos heroicos, se ocupó sobre todo de la hagiografía greco-bizantina, según el impulso lanzado desde Munich por Karl Krumbacher y su *Byzantinische Zeitschrift*, con su eco en Rusia gracias a Vassily Vassilievski<sup>47</sup>, y vulgarizó la empresa toda de su secular dedicación en el libro titulado *Les légendes hagiographiques* (1905), complementada por *Les passions des martyrs et les genres littéraires* (1924)<sup>48</sup>. El 8 de mayo de 1940 estallaba una bomba a menos de cien metros de la biblioteca, y el 5 de febrero siguiente, Delehaye, a quien ya quedaba poca vida, entregaba el manuscrito dispuesto para la imprenta del *Propylaeum ad Acta Sanctorum Decembris*<sup>49</sup>.

Ahora bien, el cambio de adaptación producido, exigía de una parte un complemento a la ingente obra dada a luz en la etapa precedente —¡aguardando la hora de la refundición que no dejaba de soñarse!—

<sup>45</sup> Recordemos que era un contemporáneo y amigo de monseñor Duchesne.

<sup>46</sup> De Smedt murió pocas semanas después de terminarse el tercero.

<sup>47</sup> Seguido, entre otros, por el sacerdote Albert Ehrhard y Pio Franchi de Cavalieri; en 1902, ocupando un tomo aparte en las *Acta, Propylaeum* a noviembre también, editó el Sinaxario de Constantinopla, «trabajo de Hércules» que le saludó Harnack en el «Theologische Literaturzeitung».

<sup>48</sup> En 1912 había publicado *Les origines du culte des martyrs*.

<sup>49</sup> Bio-bibliografía en las pp. 103-49 de *L'oeuvre* cit de Peeters; para este último período hay que consultar también *Après un siècle. L'oeuvre des Bollandistes de 1837 à 1937*, «Analecta Bollandiana» 55 (1937); F. van OMMESLAEGHE, *150 ans de nouveau bollandisme*, ibid., 105 (1987) i-xii; y P. PEETERS, *Figures bollandiennes contemporaines* (Bruselas, 1948).

y de otra la publicación aparte de unos instrumentos críticos cuya abundancia y tenor no les hacía aptos para los folios de las *Acta*. Papebroch ya había planteado la necesidad de unos «grandes suplementos».

#### EL FLUIR DE LAS REVISTAS

El inventario de los impresos sobre el tema fue dado a los tórculos, sucesivamente, en 1892, *Bibliotheca Hagiographica Graeca*; 1910, *Bibliotheca Hagiographica Orientalis*, y por fascículos desde 1898, *Bibliotheca Hagiographica Latina*, obra sobre todo del padre Albert Poncet (1861-1912), englobado después el trío en una serie más amplia, *Subsidia Hagiographica*, uno de cuyos números fue el *Repertorium Hymnologicum* del canónigo Ulysse Chevalier. A la vez, se había emprendido la catalogación de los manuscritos (1886-9, los pergaminos de la Biblioteca Real de Bruselas; 1889-93, los anteriores al siglo XV de la Nacional de París). Y desde 1882 viene apareciendo *Analecta Bollandiana*, recogiendo trimestralmente las colaboraciones internacionales más prestigiosas<sup>50</sup>.

Se comprende que uno de los artículos más extensos y densos de la *Bibliotheca* sea el de *Maria Virgo*. Tanto que pareció conveniente dejar fuera de él los milagros. Pero se les dio cabida en un tomo de las *Analecta*, el vigésimo-primer, *Miraculorum B. V. Mariae quae saec. iv-xv latine conscripta sunt index postea perficiendus*.

La impresión, en 1925, del tomo cuarto de noviembre, que por primera vez acogía la hagiografía céltica autóctona, y sin timideces la oriental, para lucimiento legítimo de los tipógrafos<sup>51</sup>, de veras puede decirse, literalmente teniendo en cuenta su cuna, que para esos tiempos era poner una pica en Flandes. La «Fondation Universitaire» y el historiador Henri Pirenne, que coadyuvaron decisivamente al logro, demostraban así al mundo de las humanidades que en ese campo Bélgica no era un país pequeño.

Paul Peeters (1870-1950), de Tournai, se dice volvió una vez a su casa, aún niño, soñador por la noticia que le había llegado del cardenal políglota Giuseppe Mezzofanti, que se dice sabía setenta idiomas —vein-

<sup>50</sup> Por ejemplo, Arbois de Jubainville, Duchesne, Batiffol, el arzobispo de Atenas Petit, Franchi de Cavalieri, Giovanni Mercati, Thurston, Plummer, Hogan Kruch, Usener, Kurtz para los argumentos rusos.

<sup>51</sup> Recordemos que de las *Acta* hay tres impresiones, o sea además de la original de Amberes-Tongerloo-Bruselas, una de Venecia (43 tomos, hasta el quinto de septiembre, de 1734 a 1770) y otra de París (60 tomos, hasta el duodécimo de octubre, de 1863 a 1867); véanse las pp. 166-89 de *L'oeuvre* cit., de Delehaye (= guía bibliográfica).



tiuno había poseído el bolandista Tinnebroek<sup>52</sup>—. Él mismo se adentraría por esos caminos con el armenio, para acabar cosechando<sup>53</sup> los más óptimos y algo insospechados frutos en el georgiano<sup>54</sup>, como al detectar un eslabón preterido entre el cuento budista y la novela cristiana de su derivación, que también dejó huellas en la literatura castellana, *La première traduction latine de "Barlaam et Joasaph" et son original grec*<sup>55</sup>.

A su muerte, hasta la propia en 1972, el *senior* fue Maurice Coens; de 1972 a 1984, Baudoin de Gaiffier que ya nos suscita lo entrañable del recuerdo personal e íntimo, donde lo humano y lo erudito se desposan en la amistad enriquecedora. Y a partir de entonces, cuando las *Acta* aguardan el nuevo volumen que siga al antes calendado de entreguerras y el mes de diciembre está por aparecer, François Halkin.

Y del padre Gaiffier hemos de traer aquí a colación su predilección fecunda por nuestro dominio hispano. Raimundo Lulio —tema de su primer artículo en «Analecta» el 1930—, san Millán de la Cogolla, los mártires de Córdoba, el Breviario de Évora; san Marcelo, ¿de Tánger o de León?; san Vicente, san Eugenio de Toledo, san Ildefonso, santa Leocadia, san Isidoro y los obispos Odoario de Lugo-Braga y Gregorio de Córdoba, hasta san Antonio de Lisboa —¡que no de Padua!—, san Juan de la Cruz, san Ignacio de Loyola y san Francisco Javier, sin olvidar por supuesto la tradición jacobea. Y en sus rúbricas continuadas *Hispana et Lusitana* de las «Analecta» se saboreaba el vigor de una intermediación cordial y por eso mismo irreprochable<sup>56</sup>. *Depositum custodi*.

\* \* \*

<sup>52</sup> *Erudits et polyglottes d'autrefois*, se titularía una comunicación de Peeters a la Academia de Bélgica, en 1935.

<sup>53</sup> Con aportaciones a los dominios persa, copto, siríaco, árabe, griego y eslavo, aunque no procede que aquí seamos exhaustivos; bio-bibliografía en la edición cit. de su libro *L'oeuvre*, 150-202. En 1935 se le dedicó el tomo décimo de la revista *Byzantion*. Sus seis lecciones en el Colegio de Francia, en 1943, dieron lugar a *Orient et Byzance. Le Tréfonds oriental de l'hagiographie byzantine*, 1950.

<sup>54</sup> *Histoires monastiques georgiennes*, 1922; otros libros, *Recherches d'histoire et philologie orientales*, 1951, además de los *Evangelies apocryphes*, 1911-4.

<sup>55</sup> «Analecta Bollandiana» 49 (1931), 276-312. Un trabajo nuestro sobre esta derivación está pendiente de publicación en las Actas del Congreso de la Asociación Española de Literatura Medieval de Salamanca.

<sup>56</sup> Bibliografía en «Analecta Bollandiana» 100 (1982), vii-xviii; la de Halkin, xix-xxx. Ese número se lo dedicó por sus sesenta años de bolandismo. Halkin colaboró en el comentario al Martirologio Romano, dirigido por Delehaye, en el *Propylaeum Decembris* (1940). Entre sus libros están *Saints moines d'Orient* (1973), *Etudes d'epigraphie et d'hagiographie byzantine* (1973), *Martyrs grecs, du II<sup>e</sup> au VIII<sup>e</sup> siècle* (1974) y *Légendes grecques de "martyrs romaines"* (1973).

Aquilatada su veracidad mediante la aplicación de las críticas textual e interna, como empezábamos diciendo, los bolandistas se comenzaron a su vez proponiendo la edición de las fuentes hagiográficas. Testimonio el suyo integrado en unos géneros muy tipificados, con algunas variantes externas y materiales en las distintas cristiandades, de la latina a la griega pasando por las orientales —siriaca, árabe, copta, etiópica, armenia, georgiana y eslava—. Eran y son los pasionarios y legendarios latinos y el menologio griego; y sus compendios, acá la *Leyenda Dorada*, y el Santoral de Bernardo Gui; en el dominio griego los sinaxarios y la recopilación titulada *Bioi en sintomó*, y los sinaxarios también en los demás de Oriente. Eso en cuanto a las vidas. Y para el culto todo un subgénero, el de las invenciones, traslaciones y milagros. Además de las listas de sus fiestas, martirologio y calendario pues.

A pesar de lo cual, ya el mismo Bolland hizo estampar en el frontispicio de la serie toda la ambición que acabaría llevando a sus sucesores al inventario de las hagiografías de los siervos de Dios sin más, *sancti quotquot toto orbe coluntur*. Empresa tan lograda que quienes hoy en día se lamentan de no saber nada del santo de su nombre es sencillamente por ignorar las *Acta* en cuestión. Y una tarea científica pero llevada a cabo por unos hombres de iglesia que también se proponían, mejor dicho su propósito consistía en ello *tout court*, ofrecer la saga del santoral ya *sine macula et ruga* a la veneración de los fieles<sup>37</sup>. El jesuita del mediodía francés, Jean Croiset (1656-1738), en la dimensión exclusiva de la piedad, dio por su parte a las prensas el *Año cristiano*, un volumen por mes de vidas de santos y otras lecturas espirituales. Su traducción por el padre Isla se hizo muy popular en España, donde constituía un pasto cotidiano en ciertos ambientes todavía en la primera mitad del siglo XX, y había gentes del pueblo que le conocían por el «martirologio».

De 1935 a 1956, los Benedictinos de la rue de la Source de París publicaron las *Vies des saints et des bienhereux selon l'ordre du calendrier et avec l'historique des fêtes*. Algunas alusiones vivientemente pastorales las sitúan en la línea edificante, mientras la abundosa bibliografía, por cierto pródiga en títulos olvidados mas no por ello carentes de interés, y la exposición de los problemas críticos y los de las fuentes, hacen su consulta útil para el estudioso, en tanto unas gotas bastante continuas de humorismo y el empeño permanente de dialogar con el lector las tornan particularmente atractivas. Pero su materia no

<sup>37</sup> Una exhortación pastoral recomendando la reimpresión francesa de las *Acta* de que dijimos, y que por cierto tuvo notable eficacia, fue la *Lettre circulaire de Mgr. l'évêque de Saint-Brieuc et Treguier sur la reimpression des "Acta Sanctorum" a MM. les Recteurs du diocèse* (1864).

podía por menos de ser una actualización resumida y vulgarizada por los folios bolandistas, cual posteriormente la *Bibliotheca Sanctorum* del Laterano de Roma, por orden alfabético, como el *Diccionario de los santos* de Oxford. Un elenco acaban de dar a luz por su parte los Benedictinos de Ramsgate<sup>58</sup>. Iniciativas tan meritorias, por mucho que sólo el logro de nuestros beneméritos jesuitas lotaringios las haya hecho posibles.

Y al terminar esta evocación de una tan singular comunidad religiosa, fundada y mantenida para llevar a cogüelmo una determinada empresa erudita, ya a lo largo de más de tres siglos, hemos de aludir a otro caso parejo, que sepamos el único, en nuestro novecientos, aunque sobre él nos proponemos dar en estas mismas páginas una noticia más extensa. Se trata del monasterio benedictino de San Jerónimo de Roma, que Pío XI erigió el 1933<sup>59</sup> para editar críticamente la Biblia Vulgata<sup>60</sup>, y que subsistió hasta 1983, cuando la empresa<sup>61</sup>, si bien limitada al Antiguo Testamento, ya estaba a punto de concluirse<sup>62</sup>, o sea la *Biblia sacra iuxta latinam vulgatam versionem ad codicum fidem*<sup>63</sup>.

<sup>58</sup> Para los santos futuros, o sean los procesos de santificación en curso, una puesta al día de anteriores publicaciones curiales, CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Index ac Status Causarum* (ed. P. Galavotti; Ciudad del Vaticano, 1988).

<sup>59</sup> Con monjes casi todos de la abadía luxemburguesa de Clervaux.

<sup>60</sup> Noticia de H. DE SAINTE-MARIE, en «Lettre de Ligugé», núm. 184 (1977), 7-20, y en «La Biblia Vulgata dalle origini ai nostri giorni. Atti del Simposio internazionale in onore di Sisto V. Grottammare, 29-31 agosto 1985» («Collectanea Biblica Latina», 16; Roma, 1987), 144-8.

<sup>61</sup> En el monasterio de Beuron está por su parte en curso la edición de la *Vetus Latina* o Pre-Vulgata que podríamos decir; y en el de Steenbrugge el *Corpus Christianorum*, algo así como una «edición crítica» de la Patrología de Migne. Pero se trata de casos ordinarios de empresas eruditas llevadas a cabo por monasterios preexistentes, además de ser una minoría entre los colaboradores los monjes de los mismos.

<sup>62</sup> Este año, para ultimar la obra, quedó una comisión de monjes de distintos monasterios benedictinos, sistema con el cual había comenzado en 1907, en definitiva ejecución de un imperativo del Concilio de Trento, en pos de una Vulgata *quam emendatissime*. En 1987 se imprimió el tomo XVII, de los Profetas Menores, y está a punto de aparecer el último, los Macabeos. El Génesis había aparecido en 1926.

<sup>63</sup> Hay una *editio minor*: *Biblia sacra iuxta Vulgatam versionem... recensuit et brevi apparatu instruxit Robertus Weber, O.S.B.* (Stuttgart, 1969; nuevas ediciones en 1975 y 1983). No hay que confundir esta edición crítica de la versión latina que es la Vulgata, con una nueva versión, con la neo-vulgata pues. Ésta fue promulgada en 1979, por la constitución apostólica de Juan-Pablo II *Scripturarum thesaurus*, y ha sido consecuencia de un deseo del último Concilio (un precedente fue la nueva versión de los salmos del Instituto Bíblico de Roma —en definitiva de su rector, el futuro cardenal Bea—, aprobada por Pío XII en 1945, de una insuperable claridad pero desastrosa literariamente; la nueva Vulgata comenzó a su vez por un nuevo salterio en 1967), llevada a cabo por una comisión de composición muy varia; véanse A. GARCÍA MORENO, *La Neovulgata. Precedentes y actualidad* (Universidad de Navarra, 1986) y las pp. 149-97 de las

Una de las partidas del haber de nuestra centuria en los grandes esfuerzos del espíritu.

*Debet, in spe, qui arat arare.*

\* \* \*

Ahora bien, la hagiografía en todas sus derivaciones, el culto de los santos, y en consecuencia el conocimiento de los mismos, contaron mucho en la Edad Media. Y por supuesto, ello justificaría de por sí la atención del medievalista a su acervo.

Mas, a pesar de ello, no es esa la primera motivación del interés de aquél por tan vasta y rica cantera. Porque esos siervos de Dios, que acompañaron tanto la vida interior como el tejido social de las gentes de aquella larga sucesión de siglos, se encuentran tan imbricados en las más insospechadas manifestaciones de sus mentalidades y su encuadramiento colectivo, que llegan a ser un cierto *leit-motiv* de las épocas en cuestión. Hasta el punto de que no nos sería posible sin llegar a toda una disertación —¡cual las introductorias de los volúmenes de nuestras *Acta!*— enumerar todos los posibles supuestos de su aprovechamiento por la historiografía medievalista. Y únicamente nos permitimos opinar que un manejo primario del caudal bolandiano y unas nociones sobre los géneros hagiográficos pueden resultar útiles y hasta necesarios en cualquier momento a todo cultor del medievo.

---

Actas citadas en la nota 60. Hay que tener en cuenta que la motivación de esta nueva versión ha sido pastoral, no científica, por lo tanto ajena a preocupaciones de crítica textual.

# GENERACIONES Y SEMBLANZAS

*Imágenes de las personalidades del medievalismo español y universal que han dejado o labran aún surcos de magisterio en nuestro común predio temático.*